



PASILLO DEL SORDO Y EL ARRIERO

Se presenta en escena uno vestido de campesino, y como que está mirando al campo, dice:

Sordo. — Voy a ver cómo anda esto, porque me tiene en cuidiao el demonio de la jaza que toa se me ha ladeao; por Cristo, que me perdió habérseme helao los nabos; he, paciencia y barajar, a aralla voy de contao y sembralla de barbecho, y cogella de garbanzos, que serán como manteca.

Sale precipitadamente un arriero, y al ver al labriego se detiene, diciendo entre sí:

Arriero. — Gracias a Dios que he topao a la vera del camino con este hombre del campo;

él no tiene buena traza, pues paece un alelao, pero por aquí no hay otro que sea más avispaio; voy a ver si por fortuna con mi mulo se ha encontrao, o si le ha visto pasar jácia arriba o jácia abajo.

— Dios guarde a usted, buen amigo.

Sor. — Sí, señor; tóos los nabos de la jaza que usted ve, toitos se me han helao.

Arr. — Amigo, no le jablo de eso; ¡maldito lance he echaol, que es sordo, no hay remedio; vaya, que estoy aviao sin saber lo que he de hacer en lance tan apurao; le preguntaré otra vez.

— ¿Es usted de oído falto?

Sor. — Como tres y dos son cinco pintará bien el garbanzo; hoy queará de barbecho,

y esta semana sembrao
sin quear dúa nenguna,
que esta tierra es páa el caso,
y que serán, sin remedio,
más tiernos que mantecao.

Arr. — Ahora sí que llueve gordo
sin haber ningún nublao;
este hombre no me entiende,
pero volveré a enterallo
por ver si salgo a paeron.
— ¿Usté sabe si ha pasao
jácia por aquí un mulillo
que es de cuatro a cinco años,
con una jáquima nueva
y el albardón remendao?

Sor. — ¡Válgame Dios, qué desgracia!
¿Conque tóo eso ha pasao?
Miren qué diablo el ñublo;
grande sería el relámpago.
¿Cuántos murieron, amigo?
¿Cuántos cayeron abajo?

Arr. — Mejor fuera que cayeran
las cuentas de tu espinazo,
sordo de dos mil demonios,
que no es eso lo que jablo;
yo pregunto por un mulo.

Sor. — Si me ha dejao usté parao
con semejante noticia;
Jesús, ¡qué suor me ha daol;
de pensar sólo en el ñublo
toito me he sofocao.

Arr. — Por Dios, que dice que súa,
pero yo estoy cardenao.

— Usté me quiere decir
si en el camino ha encontrao
algún pasajero un mulo
que se me perdió allá abajo,
con una jáquima nueva
y el albardón remendao?
Deje la porfía del ñublo,
sordo de dos mil diablos,
responda a lo que le digo
o le santiguo los cascos.

Sor. — Amigo, usté me perdone,
que yo estaba equivocao;
¡y tiene el negocio pelos!

sé yo muy bien este caso.
¿Conque por fin perdió el juicio,
con el diablo del preñao,
la muchacha del tío Lucas,
la del cortijo de abajo?

Diga usté, ¿no valió empeño?
¿Conque usté por cuatro años
fué a presidio sin remedio?
Eso fué haberse enconao
el demonio de la tía
en no querer alzar mano.

Y qué, ¿se casó al fin?
¿Se hicieron las amistades?
Queó usté como hombre honrao,
porque a la verdad, amigo,
si el caso ha rematao,
como yo ya me barrunto,
tóo bien acomodao,
ha quedao usté entonces
como hombre bien portao.

Arr. — Este hombre, no hay remedio,
o está loco o es un borracho;
a cuanto yo le pregunto
responde con un disparo.

— Yo pregunto por un mulo;
por un mulo he preguntado.

Sor. — ¿Que se quebró usté un muslo?
Haber llamao al cirujano.

Arr. — Yo pregunto por un mulo.

Sor. — ¿Que por fin se dió el ñublón?
Haber presentao el despacho.

Arr. — Un despacho para Indias
te diera, sordo del diablo;
responda a lo que le digo
o le sacudo un guantazo.

Sor. — Yo me alegro; mire usté
que me había dao cuidao;
pero ya veo es verdá
y me alegro, por Dios Santo;
bien sabe dónde le aprieta
la correa del zapato;
señores, ¿pues qué no hay más
que querer ñublar un caso
tan grande y de tanta monta
como un hombre estar casado?
¡Ea!, dejémonos de eso,

porque el lance es muy pesao.
Arr. — Pesáas se vean tus tripas,
tu corazón y reaño,
sordo de dos mil demonios,
que no es eso lo que jablo.
— ¿Usté me quiere decir,
por Dios, o por todos los diablos,
si por ese camino un mulo
algún pasajero ha encontrao?

Sor. — Como plata, no que no.
A tóos los que pasamos
para comer y vestir
de nuestro propio trabajo,
no se nos puede apretar
a lo que quieran los amos,
porque cáa uno es cáa uno,
y con su capa hará un sayo;
esa es grilla, no que no;
pues por vía de dios Baco,
que yo tengo el mesmo genio,
y ancas a naide le agunto;
usté se ha portao bien,
me ha gustao su amaño,
no que no, mucho me alegra
del móo que se ha portao;
viva usté cuarenta siglos.

Arr. — Llévente cuarenta diablos.

Sor. — ¡Bendita sea la madre
que parió un hombre tan sabio!,
y que tan lindamente casca
sin caña, porra ni palo;
bien me ha gustao el ratico.

Arr. — Pues yo estoy desesperao.

Sor. — ¿Cuando quiere que jablemos
otra tarde más despacio?

Arr. — En la vía, nunca más,
porque estoy más que cargao
de ver un hombre tan bruto.

Sor. — Me ha dejao usté obligao
y me precisa serville;
en mi vía he tropezao
con hombre que mejor jable
ni que más encajonao
trate un negocio que usté,
que parece que es letrao.

Arr. — ¿Conque usté no me dirá

si en el camino ha encontrao
algún pasajero un mulo?

Sor. — Que sea por muchos años
y Dios le dé a usté salud
para poder disfrutallo;
y ¿cuanto le costó a usté?,
¿es nuevo, o es ya cerrado?,
¿es castellano, o gallego?

Arr. — Es que lo vengo buscando;
que si usté le ha visto, digo,
o si por aquí ha pasao.

Sor. — ¡Válgame Dios, qué desgracia!
¿Dónde le dió a usté el porrazo?
Ese es gallego, sin dúa,
que sirven a un hombre un año
por cascalte cuatro coces;
son muy malintencionados;
amigo, tener paciencia
y metelle bien la mano.

El arriero patea y se desespera.

Arr. — Yo no sé adonde estoy,
yo me tiento y no me jallo;
este hombre es el demonio;
le jablearé un poco más alto.

Se le acerca al oído y le da un grito.

Arr. — ¡Oiga usté...!

Sor. — ¡Jesús María!
no me dé usté estos gritazos
que no jable con un sordo
ni soy de oído apurao.

Arr. — Al sordo dalle barreno
y dejallo taladrao.

Sor. — Yo no soy más que teniente,
y el habelle aconsejao
que le eche buena carga
y le meta bien la mano,
me parece que no es eso
estar jaciendo disparos;
pues yo bien le entiendo a usté
y le respondo adecuao.

Arr. — Contesta usté muy acorde
a cuanto le he preguntao;

yo temo que me va a dar
un tabardillo pintao;
pero yo quiero saber
el nombre de este zamarro.

Sor. — Usté le haría cosquillas
y le sacudió el trancazo.

Arr. — ¿Cómo es la gracia de usté?

Sor. — En más de sesenta años
no he tenido tal desgracia,
y es porque siempre he andao
con los ojos en la cara
con los animales falsos.

Arr. — Yo pregunto por su nombre;
por su gracia he preguntao.

Sor. — Muy servidora de usté,
es nieta del escribano,
sobrina del sacristán
e hija de Diego Sancho;
Engracia, es mi mujer,
y ya va para tres años
que sacó la analogía,
y goza de fuero hidalgo;
pues por la manta de arriba
es nieta de un abogao,
y si por la manta baja
le retientan el rezago,
es mejor que el presente;
y anda loco su cuñado,
que se casó con su hermana,
que tiene a hogaño sembrao
lo que ninguno ha podido;
es hombre de buen porrazo;
tiene una jaculatoria
con sus ringlones doraos.
Tóo esto, buen amigo,
ha venido muy al caso;
y ya que me ha conocio
bueno es que vaya enterao
de toa mi parientela,
que creo le habrá gustao.

que aunque probe es bien nacia
por tóos cuatro costaos.

Arr. — Yo no sé si estoy en Babia;
este hombre me ha soplaao
tóa su genalogía,
¿y esto es venir al caso?
No siento más que mi mulo
que me es preciso buscallo
sin saber por dónde ir;
estoy muy bien enterao
de tóa su parientela
sin habérselo preguntao,
pues náa me importa el sabello,
porque mi mayor cuidiao
es saber si ha visto el mulo
que yo le daré el jallazgo
y quearemos amigos.

Sor. — Tóo esto está excusao,
y cuidao con el mulillo,
no le deje usté de la mano.

Arr. — Este mulo se perdió
y yo le ando buscando;
pregunto si usté le ha visto,
si es que por aquí ha pasao,
que me lo iga al momento.

Sor. — ¿Se perdió? Pues a buscallo;
y si no lo encuentra, es
señal que no lo ha jallao;
comprar otro y santas Pascuas.
Este remedio sólo jallo.

Arr. — Eso ya me lo sabía.

Sor. — Pues no sea usté pesao.

Arr. — Tengo la sangre quemá
de oír tantos disparos.

Sor. — Pues tenga paciencia y calle,
que es muy sabido y es claro,
que el que jabla con un sordo
tiene que salir cargao.

Los dos. — Y aquí se acaba el Pasillo
del Arriero y Hortelano.

MADRID .— Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.